

PROYECTO DE DECLARACION

La Honorable Cámara de Diputados de la Nación

DECLARA

Su más enérgico repudio e indignación ante el criminal bombardeo perpetrado por la Federación Rusa contra un jardín de infantes en la ciudad de Kharkiv, Ucrania, que provocó la muerte de un civil y puso en riesgo la vida de medio centenar de niños. Este nuevo ataque constituye una flagrante violación al derecho internacional humanitario y una ofensa a la conciencia moral de la humanidad.

Asimismo, esta Honorable Cámara reafirma su compromiso con la defensa de los valores universales de la libertad, la paz y la autodeterminación de los pueblos, y manifiesta su solidaridad inquebrantable con el pueblo ucraniano, víctima de una guerra injusta e imperial, que busca someter por la fuerza a una nación soberana. En nombre de la dignidad humana y la civilización democrática, Argentina no puede permanecer indiferente ante el horror del totalitarismo y la violencia indiscriminada contra civiles y niños.

Firmante: Gerardo Milman

FUNDAMENTOS

Señor presidente:

El bombardeo ruso sobre un jardín de infantes en Kharkiv, ocurrido el 22 de octubre de 2025, no es un episodio aislado ni una "tragedia de guerra" más: es la manifestación brutal y descarnada de un proyecto político que desprecia la vida humana, la libertad y las normas básicas de convivencia entre las naciones.

Bombardear un jardín de infantes no es un accidente. Es una declaración ideológica. Es la afirmación, en clave militar, de una visión del mundo en la que la fuerza sustituye al derecho, el miedo reemplaza a la diplomacia y la mentira estatal pretende suplantar la verdad moral de los hechos.

La guerra de Rusia contra Ucrania, iniciada en febrero de 2022, no solo es una invasión territorial: es un ataque civilizatorio contra los principios mismos que sostienen el orden internacional moderno. El bombardeo de Kharkiv, tras la cancelación de la cumbre entre Vladimir Putin y Donald Trump, revela que Moscú no actúa bajo lógica diplomática sino bajo una doctrina de intimidación total, donde la vida de niños y civiles es sacrificable si sirve a los fines del poder.

Desde la caída del Muro de Berlín, la humanidad creyó que el siglo XXI consolidaría una era de paz basada en la libertad de los pueblos. Sin embargo, el renacimiento del imperialismo ruso –bajo formas autoritarias, ultranacionalistas y antioccidentales– ha vuelto a poner en jaque esa esperanza. Lo que hoy ocurre en Ucrania no es un conflicto regional: es la reedición del viejo enfrentamiento entre libertad y servidumbre, entre repúblicas abiertas y regímenes cerrados, entre el individuo como fin y el Estado como ídolo.

Putin encarna un modelo de poder fundado en la negación de la libertad: persigue opositores, encarcela periodistas, envenena disidentes, manipula elecciones y utiliza la religión como instrumento de dominación política. Su política exterior, nutrida del resentimiento post-soviético, busca recomponer el "mundo ruso" mediante la anexión de territorios, la desinformación y el terror. No hay en su estrategia una lógica defensiva: hay una voluntad imperial. Ucrania es su víctima más visible, pero no su última aspiración.

El bombardeo contra un jardín de infantes en Kharkiv debe entenderse en ese contexto: es la pedagogía del miedo. Es la manera en que los regímenes totalitarios enseñan al mundo su desprecio por lo humano. Allí donde los liberales vemos inocencia, ellos ven propaganda; donde nosotros vemos vidas que comienzan, ellos ven instrumentos para doblegar la moral de un pueblo libre.

No hay equidistancia posible entre el agresor y el agredido. Pretender "comprender" a Putin en nombre del realismo político es un acto de cobardía moral. Como enseñaba Raymond Aron, el realismo no consiste en justificar la fuerza sino en reconocerla para limitarla dentro de un marco jurídico y ético. La neutralidad ante el mal no es prudencia: es complicidad.

Argentina, nación fundada sobre los principios del derecho, la libertad y la paz, no puede permanecer indiferente ante semejante atrocidad. Nuestra historia nos obliga a levantar la voz. Lo hicimos contra el fascismo, contra las dictaduras del siglo XX, contra el terrorismo en todas sus formas. Hoy debemos hacerlo contra el neoimperialismo ruso, que intenta imponer por la violencia un revisionismo geopolítico incompatible con la libertad de las naciones.

Algunos sostendrán que el conflicto ucraniano es lejano, que no nos concierne directamente. Pero ese argumento ignora una verdad esencial: cada vez que el totalitarismo avanza sin resistencia, retrocede la libertad en todo el planeta. Si se naturaliza el bombardeo de una escuela infantil en Europa, mañana se justificará la represión de un pueblo en América Latina, la censura de una prensa libre o la persecución de una minoría en cualquier lugar del mundo.

La libertad no es un bien local: es un patrimonio moral de la humanidad, y su defensa debe ser global.

El régimen ruso ha construido una narrativa perversa para legitimar sus crímenes: habla de "operaciones especiales", de "desnazificación", de "protección de la población rusa". Pero lo que hay detrás de ese lenguaje burocrático es pura barbarie. No hay nazis en los jardines de infantes de Kharkiv. Hay niños que juegan, maestras que enseñan, familias que confían. Lo que Rusia destruyó ese día no fue un edificio: fue un símbolo. Y los símbolos son los verdaderos objetivos de las guerras totalitarias.

Volodimir Zelensky tiene razón cuando afirma que este ataque es un "escupitajo en la cara" de quienes buscan la paz. No se puede negociar la paz con quien destruye la noción misma de humanidad. La paz no se construye cediendo ante el chantaje, sino reafirmando la legitimidad de la libertad. Por eso, la defensa de Ucrania no es una causa nacional, es una causa moral de la civilización democrática.

Donald Trump ha intentado en reiteradas ocasiones mediar para poner fin al conflicto, pero su política de diálogo con Moscú choca con una realidad elemental: no se negocia con quien hace del terror su lenguaje diplomático. La cancelación de la cumbre en Budapest, seguida del bombardeo en Kharkiv, demuestra que Rusia no busca un acuerdo: busca una humillación. Pretende forzar al mundo a aceptar su violencia como parte del "nuevo orden multipolar", un eufemismo que esconde la pretensión de legitimar el autoritarismo bajo ropajes soberanistas.

Los liberales sabemos que la soberanía nacional no puede usarse como escudo para justificar la barbarie. La soberanía es un derecho de los pueblos libres, no de los tiranos. El Estado ruso, al bombardear civiles, abdica de su condición de sujeto legítimo del derecho internacional. Por eso debe ser sancionado política, económica y diplomáticamente. No se trata de castigar a Rusia como nación, sino de aislar a su régimen criminal.

La indiferencia es el peor enemigo de la libertad. Lo aprendimos en el siglo XX, cuando el silencio de las democracias permitió que el totalitarismo creciera hasta volverse una amenaza global. Hoy, frente al sufrimiento del pueblo ucraniano, no podemos repetir ese error. Las bombas que caen sobre Kharkiv son un recordatorio de que la libertad no se hereda: se defiende todos los días, en todos los lugares.

Este Congreso, como expresión de la voluntad soberana del pueblo argentino, debe hablar con claridad moral: no hay neutralidad posible entre quienes matan niños y quienes los salvan. No se puede ser equidistante entre la tiranía y la libertad, entre el terror y la esperanza, entre la oscuridad y la luz.

Cada bomba rusa sobre una ciudad ucraniana cae también sobre los valores de Occidente, sobre las constituciones libres, sobre los derechos individuales y sobre la dignidad humana que nos define como especie.

Argentina debe acompañar los esfuerzos internacionales que buscan aislar al régimen de Putin, reforzar las sanciones económicas, apoyar las investigaciones por crímenes de guerra y contribuir a la reconstrucción humanitaria de Ucrania. No es un gesto diplomático: es un acto de coherencia moral. En un mundo donde la verdad se relativiza y la posverdad erosiona los cimientos del pensamiento racional, la claridad ética es un bien escaso pero indispensable.

Nuestra tradición liberal, inspirada en Alberdi y Sarmiento, siempre entendió que la libertad individual es el fundamento de toda civilización. El despotismo, sea de derecha o de izquierda, siempre termina atacando primero la verdad y luego la vida. Rusia hoy encarna ese despotismo contemporáneo: utiliza la censura, la propaganda, la manipulación de la información y el control digital para sostener una estructura de poder personalista que desprecia la autonomía del ciudadano.

Quien hoy bombardea una escuela en Ucrania mañana bombardea la razón, la palabra y la libertad en cualquier rincón del mundo.

Por eso, este proyecto no es una mera formalidad diplomática. Es un gesto de conciencia histórica. Es decirle al mundo que la Argentina de la libertad no calla frente al crimen, que, en la hora más oscura, nuestra voz se alza junto a los pueblos que resisten la opresión. Que seguimos creyendo en el Estado de Derecho, en la soberanía de las naciones libres y en la dignidad de cada ser humano, sin excepción.

El silencio es cómodo, pero no honesto. Y la historia siempre distingue entre los que se callaron y los que hablaron.

Hoy, frente al horror de Kharkiv, elegimos hablar.

Por todo lo expuesto, solicito la aprobación del presente proyecto de declaración.

Firmante: Gerardo Milman